

Fr. Giacomo Bini, ofm

UNA EXISTENCIA
UNIFICADA Y PACIFICADA
EN DIOS
Caminos de vida franciscana hoy

ÍNDICE

NOTA DEL EDITOR	9
PREFACIO	11
INTRODUCCIÓN	
<i>“Dios cree en ti”</i> : como un preludio	19
CAPÍTULO PRIMERO	
<i>La gracia de la armonía teocéntrica:</i>	
<i>fundamentos para una vida de fe buena y feliz</i>	23
1. Armonía teocéntrica	25
2. Frente a Dios	31
3. Vocación	39
4. Itinerancia y fidelidad	43
CAPITULO SEGUNDO	
<i>La forma de vida evangélica franciscana:</i>	
<i>edificar una fraternidad libre y liberadora</i>	49
1. Fecundar la historia	
con gérmenes de eternidad	51
2. Presencias como fraternidad	67
3. Valores y estructuras	79
4. Autoridad - obediencia	83

CAPÍTULO TERCERO

El cuidado por la animación de la fraternidad:

<i>responsabilidad exigente</i>	97
1. Reforma radical de la vida evangélica franciscana	99
2. Fraternidad “abierta”	105
3. La responsabilidad de la animación de la fraternidad	113
4. El futuro de una Provincia	125
5. Prioridad en el proceso de animación	135
6. El servicio de la autoridad: mirada sintética	143

CAPÍTULO CUARTO

El rostro misionero de la vocación franciscana:

<i>medida de la fe en Dios</i>	145
1. Enviados al mundo entero	147
2. Problemáticas actuales y perspectivas específicas en el ámbito de la dimensión misionera	159
3. El fuego de la misión	171
4. Dimensión teocéntrica de la misión	175
5. Misión: una visión franciscana	179

CAPÍTULO QUINTO

Hermano Francisco:

<i>El milagro de una existencia pacificada en Dios</i>	185
1. Francisco parábola del reino	187
2. Con Francisco testigos de fraternidad	203
3. Los bandidos de Montecasale	211
4. El hermano menor ideal	223
5. Las llagas: un amor que te transforma	229

VIDA Y MUERTE DE UN HERMANO APASIONADO

<i>DE LA VIDA Y DE DIOS: Fr. Giacomo Bini, OFM</i>	233
--	-----

NOTA DEL EDITOR

Este libro que tienes en las manos fue editado en Milán en el año 2011. Han pasado, pues, algunos años desde su primera edición y, sin embargo, pensamos que sigue siendo de una enorme actualidad. Por ello, nos hemos animado a traducirlo y publicarlo en nuestra colección Minor.

En realidad, este libro, como bien indica su título, es la propuesta de eso que todos y siempre anhelamos: una vida serena, pacificada, armoniosa en Dios. Ese es el deseo, manifestado a veces y oculto otras, que todos, sin excepción, llevamos en el corazón.

Además, lo que a este libro le da todavía sentido y actualidad es su autor, el franciscano Fr. Giacomo Bini (+2014). Tuvimos la enorme suerte de encontrarnos con él con bastante frecuencia, bien aquí en Arantzazu, bien en otros lugares. Se podrían decir muchas cosas de él, de su vida, de sus andanzas, de sus acentos vitales. Basta leer lo

que a raíz de su muerte se ha ido publicando¹. Lo que siempre llamaba la atención en él era su enorme libertad personal, su pasión por la vida, por el evangelio, por Jesús y, por encima de todo, llamaba la atención su enorme autenticidad. Era un hermano moderno siempre, porque conectaba con las preguntas existenciales de todos y de siempre; era también un hermano “centrado” en su persona, en el evangelio de Jesús; apasionado de Francisco y de Clara de Asís, de quienes bebió y aprendió a vivir el “santo evangelio de nuestro Señor Jesucristo”.

Presentamos este libro con sencillez y humildad, pero con la enorme satisfacción de ofrecer con él verdaderas pistas para lograr una vida serena y pacificada en Dios.

La Redacción
Ediciones Franciscanas Arantzazu

¹ Es recomendable, por ejemplo, leer su libro *Seme di eternità. Biografia e scritti inediti*. Milano 2014, edición preparada por los hermanos Vincenzo Brocanelli y Paolo Canali.

PREFACIO

Este libro nace de un gran deber de gratitud para con el hermano Giacomo Bini. Creo que el haber podido compartir con él seis años de vida en Roma, en el período en que él era el Ministro General de la Orden, fue de verdad un don del Señor: tuve la posibilidad de experimentar con creciente evidencia la extraordinaria riqueza humana del hermano Giacomo, y su personalidad tan fascinadora porque es auténtica; una humanidad y una autenticidad que eran reflejo de una relación con Dios que nunca fue banal y repetitiva, sino que siempre era buscada, contrastada y restablecida en forma nueva.

El deseo de fraternidad fue la primera característica que me llamó la atención desde el comienzo de nuestra colaboración: una relación “de trabajo” que, en su intención, debía ser ante todo una relación verdaderamente fraterna, y por tanto tam-

bién un poco “materna”, como la que san Francisco quiere para sus hermanos. Nunca dudó en pedir consejo sobre los problemas que tenía que afrontar, o en buscar colaboración para la redacción de las cartas o de los documentos que había que preparar... De modo ejemplar buscaba de continuo una relación profunda y cordial con el Definitorio General (el “Consejo Central” de la Orden) para tratar de establecer una fraternidad real teniendo en cuenta las notables diferencias de edad, proveniencia, cultura, experiencia. Todos los medios eran buenos con tal de llegar a este vínculo de fraternidad: ante todo la oración en común, ciertamente; pero también alguna tarde de relax para aligerar las tensiones que acompañan a los problemas y a las discusiones de la jornada, o también la opción por un paseo o una pizza juntos dejando aparte las demás cosas urgentes.

El recuerdo más vivo de aquellos años es la sensación de hallarme frente a una persona auténtica, caracterizada por una verdadera libertad que es fruto del Evangelio. El hermano Giacomo, aún de Ministro General, fue ante todo una persona libre, con la libertad típica de quien ha aprendido a conocerse a sí mismo a la luz del designio de Dios;

así consigues “acogerme como don”, con tus fragilidades y tus capacidades, y puedes echarme a la espalda las ansias y los miedos que te impiden relaciones serenas y maduras con los otros. Aún ahora quedo maravillado cuando pienso en su capacidad de crear relaciones significativas y ricas de empatía con quien sea, cualquiera que fuese su rango, su función o su rol; y de verdad son tantas las personas con quienes tiene que vérselas un Ministro General: ante todo con los hermanos, con obispos y cardenales de todas las Diócesis en que los frailes se hallan presentes; pero también con los distintos “oficiales” y responsables de las Congregaciones romanas, hasta el Santo Padre; y después las autoridades civiles, los embajadores que en Roma representan a las 110 naciones en que los hermanos se hallan presentes, y todavía una infinidad de personas consagradas y simples fieles, o miembros de movimientos y asociaciones: una representación verdaderamente variada de la humanidad.

¡Habría tantas anécdotas interesantes a este respecto! Como cuando el hermano Giacomo no se hacía ningún problema en dejar su oficina, las llamadas y asuntos urgentísimos que le esperaban y bajar a la huerta y pasar toda la tarde ayudando al

hermano encargado del cuidado del jardín, viéndolo con dificultad para podar las rosas (increíble su buena mano para la jardinería: no había flor o planta que, con sus cuidados, no diera lo mejor de sí).

Con igual libertad y sencillez, no se hacía ningún problema para moverse y para obtener en dos días una audiencia privada del Papa (¡cualquiera que esté al corriente del complejo protocolo pontificio sabe bien qué difícil es!) para poder hablarle con franqueza y convencerle de modificar un documento que con firma autógrafa del Santo Padre se nos había consignado ya y que habría debido publicarse de allí a poco. Al día siguiente de la audiencia se nos entregó una versión ‘revisada’ de la carta pontificia, tras previa devolución de la primera versión y el encargo de no decir palabra sobre la existencia de aquel primer “augusto quirógrafo” (según el vocabulario cortesano) de la Secretaría de Estado. Creo que este sea un hecho bastante único en la historia multiseular de la prudentísima diplomacia vaticana...

La búsqueda constante de la *fraternidad*, siempre y con todos, juntamente con una *libertad* verdaderamente evangélica, constituye la modalidad

propia del hermano Giacomo para vivir la vocación franciscana: una modalidad que es fácil reconocer y casi *escuchar de viva voz* en las diversas intervenciones que integran este libro. Pues de hecho todos los textos que siguen corresponden al período en que el hermano Giacomo fue Ministro General de la Orden (1997-2003); son textos escritos en situaciones concretas: encuentros con hermanos, comunidades cristianas, personas consagradas, laicos, autoridades civiles o religiosas con ocasión de las visitas del Ministro General a las diversas partes del mundo. Todos conservan la forma “no definitiva” en que fueron redactados al comienzo: constituyen un simple esquema sobre el que el hermano Giacomo articulaba después su propia intervención, enriqueciéndola y coloreándola según la situación, los oyentes, el tiempo disponible, los objetivos específicos... Nos ha parecido útil tratar de reagrupar las varias intervenciones en torno a algunos núcleos temáticos, aun siendo conscientes de los límites de esta opción: precisamente porque los temas, habiendo sido pensados para oyentes diferentes y heterogéneos, no están tan netamente divididos, y es casi imposible evitar las repeticiones.

Sin embargo, a pesar de los años transcurridos, las repeticiones y la objetiva fragmentariedad de estos textos, estoy convencido de que su publicación puede ser útil todavía: son escritos que necesitan leerse sin prisa y meditándolos, casi obligando al lector a contrastar la propia vida en relación a lo que lee. Son reflexiones que están lejos de la redundante abundancia de palabras (¡incluso religiosas!) que nos sumerjan en esta época de proliferación incontrolada de los medios de comunicación, casi hasta superar la capacidad humana de escucha, y que muchas veces nos fuerzan a defendernos oponiendo un muro de indiferencia. Por el contrario: me parece que estos textos que a veces están verdaderamente descarnados y franciscanamente pobres en palabras, desarrollan en forma egregia el papel de “brújula” para orientar el camino que cada uno debe recorrer hacia lo esencial: hacia una vida realmente humana.

Así podrá suceder también que quien ha tenido la suerte de conocer al hermano Giacomo logre percibir, a través de estas palabras escritas, algo de su voz cálida, de su presencia humilde, de su testimonio apasionado. Es mi deseo; así como deseo a todos que el encuentro con estas reflexiones pueda

ayudar a *re-situar* la propia existencia (por usar un término querido del hermano Giacomo), y a percibir en la realidad cotidiana y en las dificultades que la caracterizan, la presencia de las semillas de vida que Dios no se cansa de sembrar en la experiencia de toda mujer y de todo hombre que viene al mundo.

El hermano Giacomo ha sido, y continúa siéndolo, un don para todos los que lo encontraron como auténtico hijo y hermano de san Francisco en el caminar sobre las huellas del Señor Jesús. La publicación de estos pensamientos suyos es un testimonio de estima, de afecto y de reconocimiento respecto a él en nombre de las hermanas y de los hermanos que, gracias al encuentro con él, pudieron percibir algo de la espléndida aventura evangélica de Francisco de Asís.

Paolo Canali, ofm